

Craig Calhoun

Nations Matter, History and the Cosmopolitan Dream.

Londres y Nueva York: Routledge, 2007.

JUAN MANUEL CARRIÓN

Departamento de Ciencias Sociales General
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Esta es una colección de artículos y ensayos de un muy destacado sociólogo norteamericano, profesor en New York University y desde 1999 presidente del Social Science Research Council. Autor de una diversidad de libros, *Nations Matter* es el segundo que Craig Calhoun publica sobre el tema del nacionalismo. Este libro al igual que el primero representa una rigurosa intervención en la discusión académica sobre el nacionalismo. Nos ofrece una explicación del nacionalismo como fenómeno moderno que a su vez toma en cuenta el pasado y la tradición. Reelabora algunos de los temas que trató anteriormente tales como las condiciones históricas y los cambios sociales y culturales que hicieron posible e importante al fenómeno nacionalista. Entre estos cabe resaltar los factores que hicieron posible el desarrollo del Estado moderno. Para Calhoun las identidades nacionales no son simple herencia de un pasado premoderno, ni tampoco identidades arbitrariamente creadas por elites luchando por el poder y buscando seguidores para sus proyectos. Lo que tiene de nuevo y distinto este libro es que aquí la discusión sobre el nacionalismo se da en relación con la teoría política liberal y el cosmopolitismo. A través del libro Calhoun examina críticamente la manera que la “teoría” cosmopolita confronta al nacionalismo. Defiende por el contrario una versión “liberal” del nacionalismo.

Hay que distinguir entre distintos tipos de cosmopolitismo. En un sentido este concepto nos refiere al gusto cosmopolita por la diversidad cultural, siendo aquí la cultura objeto de consumo y no de significado interno para la persona. El cosmopolitismo tiene que ver también con la noción de hibridez con énfasis en bordes porosos e

identidades anchas. Otro significado nos refiere a una ética cosmopolita que enfatiza las obligaciones que tenemos unos para los otros a través del mundo. Calhoun parece compartir estos referentes cosmopolitas pero cuestiona la idea de una democracia cosmopolita. Ésta sería la noción de que el globo terráqueo puede ser una polis, que la humanidad completa puede organizarse como una ciudadanía democrática. Para Calhoun éste es un ideal atractivo pero vago y huidizo. Para los cosmopolitas el nacionalismo se basa en una preferencia ilegítima por la gente y la cultura propia por encima del resto del mundo. Para el cosmopolita éstas serían preferencias mal educadas y hasta cierto punto de mal gusto. Calhoun por el contrario afirma que el nacionalismo no es un error moral o una ideología inherentemente mala. No se puede entender el nacionalismo si sólo examinamos el fenómeno cuando se trata de casos de apasionamientos extremos o manipulación exitosa por demagogos políticos. A pesar de las atrocidades que se hayan llevado a cabo en nombre de la nación o por movimientos nacionalistas el nacionalismo es una forma de solidaridad y es una de las condiciones de fondo sobre las cuales se basa la democracia moderna. Es cierto que el nacionalismo se ha promovido desde arriba para movilizar a la población para la guerra, pero también es reflejo de una creciente participación política de parte de la gente común y corriente y una fuerza de solidaridad entre ciudadanos. El nacionalismo está directa y fundamentalmente imbricado en los asuntos que conciernen a los fundamentos sociales de la democracia. La idea de “nación” es básica para la idea “del pueblo” como fuente de legitimidad política. La idea de nación contesta la pregunta de porqué un pueblo en particular en un lugar particular se beneficia de los supuestos derechos universales que proclaman los teóricos democráticos.

Hay un reto básico al cual no han podido responder los cosmopolitas. ¿Cómo se combinan, si es posible, las virtudes de la diversidad, la sociabilidad y la tolerancia asociadas a la cosmopolis con la comunidad política auto-gobernada de la polis. El “patriotismo constitucional” de Jürgen Habermas no es una solución porque es más bien una visión idealizada del modelo cívico/territorial del nacionalismo. Una noción puramente jurídica de la ciudadanía no es suficientemente abarcadora porque un orden político democrático depende de la solidaridad social, de un sentido de pertenencia en común. No se pueden pasar por alto las condiciones sociales y culturales que potencian a los ciudadanos. Calhoun plantea con argumentos contundentes que se podrán tener dudas de las capacidades del estado nacional y de la moralidad de muchas versiones del nacionalismo, pero no existen alternativas realistas y atractivas que lo puedan sustituir.

Los fracasos de los estados nacionales son muchos incluyendo sus fracasos en extender derechos iguales a todos sus ciudadanos, pero no es obvio que a una escala mayor sea más fácil o posible alcanzar el objetivo liberal de la igualdad de derechos. La búsqueda de un mayor universalismo por lo general va junto a la pérdida de solidaridad porque la solidaridad típicamente se alcanza en formaciones más particulares. Como no puede haber democracia sin solidaridad social, llevar los ideales liberales a la escala mundial no provee adecuadamente a una teoría de política democrática, se convierte más bien en una teoría de derechos o justicia universal sin anclaje en formaciones sociales concretas.

El contraste crucial entre el imperio y el estado nacional es el contraste entre la ciudad cosmopolita y la polis. En el camino hacia la sociedad moderna la creación de una comunidad política requería un nuevo tipo de interrelación entre las personas más allá de la tolerancia mutua y la fineza del “vive y deja vivir”. En la cosmopolis imperial las multitudes heterogéneas no estaban llamadas a ser ciudadanos, podían continuar su coexistencia apolítica. En la polis y en el estado nacional pertenecer al conjunto político requiere algo más que tolerancia y sometimiento en común a un soberano externo, se requiere comunicación mutua e ingerencia directa en la toma de decisiones.

El cosmopolitismo es parte de una tradición filosófica que ha imaginado órdenes sociales ideales y preceptos éticos que deben guiar la acción individual que asume que estos individuos pueden abstraerse de sus contextos sociales concretos. Hay una ceguera particular en la teoría cosmopolita, una ceguera acerca de las condiciones sociológicas del cosmopolitismo y acerca de las razones por las que grupos étnicos y nacionales siguen siendo tan importantes para tanta gente en el mundo. El cosmopolitismo se formula en términos liberales individualistas lo cual le impide reconocer la importancia de la solidaridad social. La mayor parte de las teorías cosmopolitas son individualistas en una manera que les impide percibir la importancia básica que tienen las relaciones sociales y la cultura. El cosmopolitismo padece de la “tiranía de lo abstracto” como otras teorías basadas en la abstracta universalidad de los seres humanos individuales. Estas teorías contienen una profunda equivocación sobre lo que significa la vida humana y la desigualdad social. Contrario a lo que parecen creer los cosmopolitas nadie vive fuera de solidaridades particulares. Ésta es una ilusión que hace posible posiciones de privilegio relativo y el lugar dominante que en el mundo tienen ciertas orientaciones culturales. No es un simple error, es “desreconocimiento” producto de lo que Bourdieu llama el “*illusio*” que se da en todos los “juegos sociales”, el compromiso a la estructura

que conforma el compromiso de cada jugador y que hace posible el juego. El pensamiento cosmopolita es ejemplo de la “conciencia de clase de los viajeros frecuentes” (*frequent travellers*). Según los cosmopolitas sería fácil trascender los orígenes y la identificación con grupos sociales primarios. Las raíces y la necesidad de raíces están distribuidas asimétricamente. Los que encuentran que es un recurso importante pertenecer a grupos sociales solidarios son precisamente aquellos que carecen de riqueza, conexiones de elite y facilidad de movilidad espacial.

Según Craig Calhoun muchos de los argumentos cosmopolitas se basan en tres supuestos tendenciosos. Primero, que es posible crear solidaridades suficientemente fuertes a escala global como para que sirvan de base a un compromiso democrático mutuo. Segundo, que la justicia, el respeto y los derechos son efectivamente mejor asegurados para más seres humanos cuando estos se consideran como planteamientos éticos universales, en vez de obligaciones morales surgidas dentro de particulares solidaridades y formas de vida. Tercero, que el interés o compromiso universal o cosmopolita se basa en una ausencia de cultura porque la cultura sería un prejuicio particularista. El cosmopolita quiere ignorar que su postura es a su vez producto de una perspectiva cultural. El cosmopolita quiere tratar las particularidades culturales como si éstas fueran externas y no constitutivas del individuo. El problema con los cosmopolitas es que carecen de una explicación sociológica de cómo la humanidad se integraría de tal manera que las normas universales que ellos articulan puedan alcanzarse. El cosmopolitismo liberal no entiende la importancia de la solidaridad y la subjetividad y por lo tanto, no puede proveer las solidaridades inmediatas a partir de las cuales se podrían construir mejores instituciones y una mayor democracia.

Los cosmopolitas hacen uso del concepto “globalización” tan de moda en años recientes. Se argumenta que el estado nacional está llegando a su fin. La movilidad del capital y la incapacidad de contener la actividad económica dentro de los confines del estado supuestamente hacen que los estados ya no sean las unidades cruciales de la organización y el poder. Son evidentes los presentes retos al estado nacional que representan la intensificación de los movimientos que cruzan sus fronteras pero eso no quiere decir que el estado nacional haya perdido importancia. En los ataques al estado nacional como autoritario y peligroso parecen coincidir una izquierda “monga” (*soft*) y el neoliberalismo. Pero la globalización no es algo que ocurre como si fuera algo natural, es en gran parte impuesta. Los cosmopolitas hacen una presentación equivocada de lo que significa la globalización.

Para empezar ésta no es una tendencia completamente nueva en el desarrollo histórico de la era moderna. La globalización económica reduce algunas de las capacidades del Estado pero esto no quiere decir que vaya a desaparecer. Calhoun incorpora en su argumentación planteamientos de Immanuel Wallerstein que señalan que los estados modernos siempre han existido como parte de un sistema-mundial en donde ningún Estado ha sido capaz de controlarlo en su totalidad. Una de las razones por las cuales han existido los Estados es para manejar las relaciones económicas y militares que cruzan las fronteras estatales. Lo que es particularmente nuevo de la globalización es que parece haberse completado finalmente la incorporación cada vez mayor de las distintas partes del mundo al sistema-mundial capitalista. Se quiere presentar equivocadamente la globalización como una fuerza inexorable. Esta fuerza irresistible a veces se identifica con el progreso o simplemente como un *juggernaut* capitalista. Detrás de esta visión hay un imaginario economicista muy parecido a lo que planteaba décadas atrás la teoría de la modernización para la cual había una sola ruta hacia el desarrollo. Los cosmopolitas son partidarios del imaginario economicista/tecnológico de la globalización modernista. Pero las luchas sociales en torno a la globalización no son simplemente a favor o en contra sino también un intento de darle forma y dirección, es una lucha por decidir quién se beneficia y quien sufre la globalización.

A pesar de los deseos de los cosmopolitas los estados siguen siendo importantes. Los estados son arenas cruciales de lucha. Los estados son todavía las organizaciones de poder a través de las cuales los movimientos democráticos más capacidad tienen para afectar la organización económica. El Estado, además, sigue siendo el almacén organizacional principal dentro del cual se puede buscar la democracia. Los estados nacionales como estructuras de integración incorporan historias de luchas colectivas. La democracia se conquistó a través de luchas colectivas y las prácticas democráticas están fundamentadas por consiguiente en distintas tradiciones. Estas tradiciones son punto de partida para adicionales luchas, son el trasfondo que sitúa y orienta la acción democrática. La nación también sigue siendo importante porque es falso pensar en ciudadanos o seres humanos que puedan ser actores racionales desconectados de compromisos culturales e identidades pre-racionales. Hace falta una identidad culturalmente construida que exprese el “auto” en la auto-determinación. Imaginar la democracia requiere pensar el “pueblo” como activo, coherente y consigo mismo tanto como miembro y agente. El liberalismo informa la noción de agencia individual pero provee una comprensión limitada de pertenencia y cohesión colectiva y capacidad del *demos*. La

contribución del nacionalismo a la solidaridad social tal vez nunca podrá superar su contribución a la violencia, pero querer ir mas allá del nacionalismo en búsqueda de un universalismo racional refleja igualmente peligrosas ilusiones.

El nacionalismo es un recordatorio de que la democracia depende de la solidaridad, que nunca puede alcanzarse fuera de la historia y la cultura. La acción democrática es necesariamente la acción de gente que se une entre si en particulares circunstancias, reconociendo y fomentando dimensiones de pertenencia en común. El liberalismo alienta descuido de la centralidad de la solidaridad y especialmente de la constitución cultural y de la especificidad histórica de las personas –los potenciales sujetos de la política liberal. El nacionalismo fue crucial para la subjetividad democrática colectiva porque le proveyó unas bases para la capacidad de poder hablar en términos de “nosotros el pueblo”. El nacionalismo es uno de los fundamentos de la democracia porque la democracia requiere de algunas estructuras de integración social, alguna capacidad cultural para la comunicación interna y algunas formas de solidaridad social del “pueblo”.

Nations Matter es un excelente libro. Si tiene algún defecto se debe a que es, como se señaló al principio, una colección de ensayos publicados anteriormente en revistas académicas y por lo tanto parece en ocasiones repetitivo. Pero éste es un defecto insignificante porque los temas que trata requieren su examen desde distintas vertientes. Es un libro denso que le pide al lector un esfuerzo para seguir su argumentación pero su uso del lenguaje es claro sin rebuscamientos innecesarios. Los argumentos que aquí Calhoun hace sobre el tema del nacionalismo serán necesariamente motivo de debate y reflexión en años venideros.